

Apenas pudo ver alguna luz en las viviendas aisladas y solitarias del trayecto. Todo estaba en silencio, y el aire quieto. No hacía frío. El empleado de la estación, parado en el pequeño vestíbulo detrás de los cristales, lo vio llegar con su maleta y caminó discreta y despaciosamente hacia la boletería. El se acercó. Sólo había dos o tres pasajeros más, silenciosos, casi inmóviles, muy abrigados. El tren ya entraba al andén. Alguien más llegó, apresuradamente, lo vio casi junto a la boletería y esperó un instante, inquieto, pero inmediatamente se adelantó, compró su boleto y desapareció rumbo al andén. El hombre de la boletería lo miró, esperando, y luego se encogió de hombros.

El dio unos pasos también hacia el andén, cuando se escuchaba la señal de partida, y el tren comenzó a moverse, suavemente. Las puertas de los vagones se habían cerrado, y él pudo contemplarse fugazmente reflejado en los cristales, maleta en mano, envuelto en su bufanda, de pie junto al tren que se iba.

Comenzó entonces a desandar el camino y al cabo se halló contemplando el mar, sentado sobre su maleta, en la playa, junto a las aguas cenicientas y cadenciosas, cansadas, de la bahía.

El ojo del faro, a la distancia, había dejado de titilar al diluirse la bruma y la desvaída y enferma luz del día devolvió la identidad a las cosas, cuando comenzó a caminar nuevamente. Había olvidado el retrato colgado en el muro, y al darse cuenta de ello sintió como un raro y fugaz bienestar, que se prolongó a través del breve trecho que lo separaba de aquella casa, ajena y perdida, en donde, sin embargo, ya algo suyo había quedado.

La puerta estaba cerrada pero sin llave, y adentro había luz. Dejó la maleta en el suelo, en medio del pequeño salón. Luego, sentándose junto al fuego, otra vez vivo y alto y crepitante, comenzó a quitarse la bufanda, y la llamó.

La mujer salió de la cocina, con una taza de té en una bandeja. Era la primera vez que pronunciaba su nombre. Y también, por vez primera, vio que era joven y observó de qué color eran sus ojos.

Después ella, sin hablar, llevó la maleta al lugar de siempre.

VII

Eran los comienzos del invierno y muchas veces, en las tardes, sobre todo, el viento soplaba con furia aborascando las nevadas; otros días la nieve caía plácidamente. Pero para él todos los días eran iguales. Sin embargo, en las mañanas y al comienzo de las tardes, un

resplandor blanquecino se colaba tímidamente por las celosías. Pero él ahora, desde ayer mismo, plnta ya, en verdes intensos, amarillos gruesos, azules y rojos, paisajes llenos de luz, donde no hay nadie; paisajes deshabitados, abruptos, ondulados suelos encendidos donde brotan y crecen imágenes rampantes, árboles o torbellinos vegetales que suben desde la tierra.

En los últimos meses ha venido varias veces el cartero y la correspondencia se amontona, sin abrir, sobre la mesa. A veces ha intentado hacerlo; entonces recogía al azar uno de los sobres, lo observaba a contraluz, leía el remitente y volvía a dejarlo abandonado en el montón.

Dos cuadros pequeños, ya concluidos, estaban en el suelo, contra el muro, junto al caballete, y otros tres habían quedado a medio terminar, cuando decidió quemarlos. Primero intentó rasgarlos, pero no pudo. Entonces los echó al fuego y las llamas altas, multicolores y temblorosas le trajeron otra imagen, sin embargo semejante: la de aquella tarde, frente a la hoguera en el patio de su antigua casa ya desierta. De un momento a otro llegarían en busca de libros, discos o papeles; pero los suyos ya habían comenzado a arder. Él con un palo recomponía el fuego para que ardiera mejor y de pronto una chispa le quemó una mano; instintivamente se llevó la mano a la boca y sintió que olía a muerte. Entonces decidió su propio final y quiso empezar por quemar su ropa; corrió adentro y echó unas cuantas prendas al fuego, pero sólo logró ahogarlo; de rodillas, urgido y temeroso de que los soldados llegaran ya a la casa, trató en vano de reavivar el fuego.

Entonces, como ahora, lloró y se dio cuenta de que no lo podría hacer; que el suicidio, o la muerte, sólo tendrían sentido si Dios existía. «Si no hay otra vida mejor —había repetido— Dios no es justo ni bueno». El humazo oscuro y denso terminó con el resto del fuego. Y él volvió a comprobar que ante nuestros gestos los dioses callan, no intervienen.

Tampoco la policía ni los soldados llegaron.

VIII

Una mañana, ella, al llegar a la casa, tal vez quiso decirle, pero sólo con sus ojos enmarcados por el pañuelo blanco que cubría sus cabellos, que afuera el tiempo había cambiado, que ya no era igual; de esto se habría dado cuenta él mismo, quizá, de haber notado aquel ligero cambio en su cuerpo. Pero sólo observó que el pañuelo no era

el mismo, que su color había variado, aun si poder recordar, ni proponérselo, cómo era el otro.

Fue el día en que él había tenido un mal sueño.

Todavía le irritaba los párpados aquella luz deslumbrante del mediodía en el trópico; un temblor repulsivo y fascinante le había recorrido el cuerpo ante la sola idea de encontrarse con reptiles abominables, grandes Iguanas de aterrador mansedumbre, cocodrilos inmóviles de ojos de piedra dura y serpientes frías e indolentes. Pero, en cambio, subiendo a un promontorio por un sendero del jardín, estaba la gran jaula de la harpía. Jamás pudo imaginar que un ave pudiera alcanzar tan monstruosa categoría. Gruesas patas que terminaban en garras de remotas formas humanas; de alas cortas, cuerpo grueso y vigoroso, gran cabeza geométrica y un pico en forma de gancho capaz de vaciar la cabeza de un hombre, devorarle los sesos, los ojos y la lengua en contados segundos. De pronto observó que el monstruo lo miraba extasiado, con sus fríos ojos de ave, y que él también lo miraba, fascinado, y supo que en esos momentos ambos sintieron un odio recíproco y ancestral. Caminó unos pasos alrededor de la jaula y el monstruo lo siguió con la mirada, sin moverse, con sus ojos duros sin párpados, petrificados, odiando fría e implacablemente su cautiverio ante esa provocación; y entonces dio unos trancos dentro de la jaula, hasta que descubrió al coballo blanco inmóvil, y con su enorme garra lo asió; después, de un salto, se posó en el trapecio y de dos picotazos despedazó a su presa, mirándolo.

De pronto escuchó un ruido en la sala, y cuando asomó pudo ver cómo la mujer, con el retrato en la mano, trataba de recoger los pedazos del cristal desparramados por el suelo.

—Lo siento —alcanzó a decir ella, aún de espaldas y en cuclillas.

—Déjelo ahí mismo —dijo él—. Y váyase, por favor.

Ella entonces lo miró e intentó decir algo más. Pero él ya había entrado otra vez a su cuarto, cerrando la puerta.

Más tarde, cuando bajó, ella ya no estaba en la casa.

IX

Llegaban los días en que el cielo parecía más alto. ¿Cuánto tiempo se ha gastado ya? La diferencia entre noches y días, como aquélla entre el crepúsculo y el alba, sólo está en la luz; sólo la sucesión de intervalos de sombra hace que el hombre prorrogue el tiempo de su vida. Por Dios —murmura el hombre—, que algo me interese, otra vez, más que estas sombras. Se es ya viejo cuando no existe el asombro,

puesto que la juventud no se mide en años ni en días, sino en deslumbramientos. Oía otra vez crujir los guijos bajo el peso de sus gruesos botines, en este breve paseo por el sendero vecino de la casa. Había salido, como ayer, para ver si divisaba al pequeño vapor cruzando la habia, pero sólo estaba el mar, confuso y vivo, en frente; y estas brumas que no acababan de remontarse, pero estaba también el neblinoso rocío que llegaba a humedecerle la cara, sin que él lo sintiese. Las campanas y la sirena del vapor, y el rítmico crujir de sus pasos eran los únicos ecos, los sonidos de un mundo ajeno y ambiguo; que desaparecían de pronto cuando él, de regreso en la casa, frente al caballete, bajo la luz de una lámpara, retiraba el paño que cubría el cuadro a medio pintar y continuaba. Nada más existía entonces, nada más que aquella luz, aquel color, esa copa de un árbol que entre sus manos no acababa de crecer. De nada le servían los pensamientos al disponerse a pintar; trataba de pintar —así lo fue siempre— no lo que veía o pensaba, sino lo que sentía.

Pero también, a medio pintar, retiró este cuadro del caballete para amontonarlo con los otros. Quiso beber entonces, pero no lograba ese estado de entusiasmo o de ansiedad imprescindible, aun en los bebedores solitarios, para embriagarse. Recurría al café, pero detestaba el café y no lo sabía preparar.

Varias veces quiso escribir una carta. Pensó que debía disculparse, pero ignoraba su dirección. Tampoco sabía dónde quedaba el correo, puesto que había sido ella quien llevaba a despachar su correspondencia, y le parecía imposible y ridículo preguntárselo a alguien más. Además, no conocía a nadie.

Cansado de estar frente al caballete, se paseaba por la casa, espiando de vez en cuando a través de las milimétricas hendiduras de las celosías, sin ver nada. Y ya sólo le quedaban el fuego y el sueño.

X

«Dichoso aquel que no ha visto más río que el de su patria.» Recordó. La patria. ¿Es esto verdadero? ¿O la patria es sólo una imagen secreta, un puñado de recuerdos, a veces inconfesables; algo inaprensible y fugaz como un sueño; o una luz, un abrigado rincón entrevisto en sueños? No; la patria, para un hombre errante, será siempre algo que no fue; pero que lo condiciona permanentemente, y lo ata, le sujeta el alma a una realidad remota pero viva y subyacente; una especie de pasaporte para andar por el mundo o por la vida, en un largo viaje que, sin ello, sería totalmente absurdo.

Hacía un par de semanas, tal vez, que no nevaba. El viento se había recatado; era ahora una suave brisa, y las aguas del arroyo corriendo hacia el mar, en el confín del cercado de piedras, se hacían más copiosas cada día, cuando una mañana llamaron a la puerta. El, inquieto y ansioso, dudó unos instantes, pero luego, alisándose apenas los cabellos frente al espejo de la entrada, en el cual jamás se había visto, se apresuró a abrir. Era el Doktor, con sus pequeños ojos grises, su rostro encarnado, bondadoso y, quizá, levemente irónico.

—Vengo a ver la obra hecha —dijo, sin dejar de sonreír—. ¿Sabía usted? La gente no lo olvida. Quieren otra muestra, completa, como la de antes.

Ambos tomaron asiento cerca de la chimenea y hablaron largo rato, y aunque el otro había observado las ventanas cegadas, el desorden reinante, la ausencia de vida entre aquellas paredes, no dijo nada que pudiera aludirlo. El, en cambio, se apresuró a intentar alguna explicación, que el visitante pareció no escuchar.

—Sigue usted sin leer los periódicos.

El quiso explicar que los tenía allí, en sus fajas, junto a la correspondencia.

—Es mejor así. Nada ha cambiado.

Le relató entonces un par de anécdotas sobre su trabajo en la universidad y de cómo había resuelto cruzar la bahía, aprovechando otra visita, para verlo; sólo un momento, porque ya debía regresar.

El lo escuchaba atentamente y, a su vez, comenzó a hablarle de sus esporádicos paseos por lugares vecinos. También le ofreció café.

—¿No se irá usted ya mismo, verdad? —dijo—. Quiero hablarle; comeremos juntos. Se dio cuenta de pronto que quizá podría ser otra vez el mismo: convencional y amable, y que sólo era otro cuando estaba solo; sin llegar a saber cuándo era mejor. Y también descubrió de pronto que sentía ganas de ser agradable, de sentirse querido.

—No es posible —dijo el Doktor—. Otro día; no olvide que el vapor sale a las cinco.

—¿Pero, entonces, vendrá usted otra vez?

—Por supuesto... ¿Cómo lo trata Elke?

El en ese instante recordó que ella se llamaba así.

—¿Ella no viene acaso? —agregó el otro—. Durará poco aquí; es una de mis alumnas, vive en la isla y asiste a mis clases, ya para graduarse. Sé que luego se irá, creo que hacia el sur... Pero no se aflija, buscaremos otra.

—Ella —dice él—, aunque era evidente que el otro no sabía nada. ¿Le ha dicho a usted algo?

—¿Algo?

—Sí, es que a veces, no sé...

—No la veo desde hace tres semanas... ¿Quería decirme algo?

—No, no; nada... ¿Tomaríamos ahora, en lugar de café un buen trago?

El Doktor ahora volvía a sonreír bondadosamente; dijo:

—Tómelo usted: yo debo irme. Sólo quería estar un momento, no interrumpir su trabajo. Y ya he visto que trabaja.

—Quédese un poco más —dijo él—. Me siento como a la deriva, en la ambigüedad; y por momentos nada me importa, ni las penitencias ni los sacrificios para llegar a lo que usted en su carta llamaba «dejar que la vida fluya sin apresurarla, como es...» ¿Recuerda? La tengo conmigo y la releo de vez en cuando.

—Los sacrificios o las mortificaciones no sirven. Ni debemos temer eso que usted llama ambigüedad.

El Doktor ya se había puesto su grueso abrigo, y agregó:

—Sólo nos acercamos a las cosas y a los demás mediante la ambigüedad... Pero mi vapor saldrá en seguida. Ya lo sabe: vendré de aquí a tres meses, para ver su obra. Escíbame, por favor, o envíeme cualquier mensaje con Elke.

Luego se caló el gorro de piel y los mitones y desapareció camino del embarcadero.

XI

El tiempo mejora cada día, pero el sol aún está lejos. Esta mañana él ha ido de compras a la pequeña tienda de autoservicio, vecina a la estación. Ha estado pintando buena parte de la noche y al comenzar el alba se tendió vestido como estaba en la cama y un sueño profundo y placentero lo llevó hasta bien entrada la mañana. Hoy sin falta escribiría una carta, una carta breve y amable.

Por el sendero iba una mujer con un niño de la mano. El demoró el paso, para no adelantarse, hasta que llegaron a la tienda. Allí compró una cantidad de cosas inútiles y al salir volvió a ver al niño, ahora jugando con un perro atado. El niño lo miró a su vez, sin entender nada de lo que él dijo; también el perro lo contemplaba con sus ojos confiados y libres como los del niño. Entonces se agachó para posar su mano, primero en la cabeza del perro y luego en la del niño, sin escuchar que la mujer llamaba a su hijo imperativamente. Después, mientras regresaban por el mismo camino, él todavía inmóvil en el portal del negocio, aún pudo ver que, a cierta distancia, el niño se volvió para mirarlo, y, por un instante, sintió que su ter-

nura estuvo limpia de ese odio frío y justiciero que siempre lo acompañaba.

Empujó la puerta con el pie, ya que tenía las manos ocupadas por los paquetes, y penetró en la casa. De inmediato —aun sin descubrir el jarrón con un ramo de flores silvestres sobre la mesa— notó que el desorden había desaparecido.

—¿Elke? —la llamó.

Allí estaba ella, ahora con sus cabellos sueltos; había cambiado sus pantalones por una blusa blanca y una falda con pequeñas flores estampadas. En aquel momento sólo ella supo qué hacer; librándole de los paquetes que aún sostenía en las manos.

—Yo creía que... Entonces... —alcanzó a decir, quitándose el abrigo.

—Mi padre estuvo enfermo —dijo ella—. Él miró hacia el muro, quizá instintivamente, y vio el retrato otra vez con su cristal. —Es ya viejo y se dio un golpe jugando con el gato; pero ya está bien, aunque sigue furioso. Sus ojos sonreían.

—Esto —dijo él, indicando hacia el muro— no era necesario; yo en realidad quería pedirle disculpas.

—Buen trabajo me costó —dijo ella—. Ahora reía francamente.

XII

El había querido durante toda su vida construir una casa y tener hijos. Todo se había cumplido según sus deseos. La casa, edificada al pie de una colina que fue necesario desmontar en parte para hacer el parque que la rodeaba, era enorme y blanca, y por el parque languidecían de ocio un casal de flamencos traídos de la ribera del río y un pavo real.

Era la casa, el definitivo hogar, contra cuyos muros ninguna de las tormentas del mundo prevalecería. En los amaneceres silbaban cercanas las reinamoras, y en las tardes los zorros del agua y las lechuzas. Y desde allí veía, año tras año, ir y regresar las oscuras bandadas migradoras.

Ahora tantas veces había soñado con ella que le parecía irreal; sólo un motivo de ensueños luminosos e inconexos en los cuales la gran casa blanca entre los árboles se superponía con la imagen de su hijo corriendo, cuando era apenas un niño.

Mientras lograra retener esto no estaría muerto: Cada árbol, cada sector del tejado, cada rincón umbrío por las altas matas de hortensias, las manchas de hiedra trepando sobre los muros, y, a veces, muchas veces, en las tardes de verano, las nubes hinchidas, amenaza-